

CAPITULO LXXII

Que trata de las señales y prodigios que hubo antes de la destrucción y fin del imperio.

En el año de mil quinientos y diez que llamaron macuili Toxtli, ¹ fué cuando apareció en muchas noches un gran resplandor que nacía de la parte de Oriente, subía en alto y parecía de forma piramidal, y con algunas llamas de fuego, ² el cual causó tan grande admiración y temor en toda la tierra, que aun los muy entendidos en la astrología y conocimientos de sus adivinanzas y profecías, se hallaban confusos; aunque de muy atrás tenían noticias, y hallaban en sus historias, que ya se acercaban los tiempos en que se habían de cumplir las cosas que dijo y pronosticó Quetzalcoatl y otros filósofos y sabios antiguos; y á quienes más cuidado les daba era á los reyes Nezahualpiltzintli y Motecuhzoma, como personas que en ellos se había de ejecutar el rigor de las mudanzas del imperio; y como el rey de Tetzucó era tan consumado en todas las ciencias que ellos alcanzaban y sabían, en especial la astrología confirmada con las profecías de sus pasados, demás de la aflicción en que se veía, menospreció su reino y señorío; y así á esta sazón mandó á los capitanes y caudillos de sus ejércitos que

¹ Tochtli.

² Fué un cometa que apareció en aquella época, suceso que está registrado en los anales jeroglíficos.

cesacen las continuas guerras que tenían con los tlaxcaltecas, huexotzincas y atlixecas, para el ejercicio militar y sacrificio de sus falsos dioses; y contra las provincias remotas en donde tenían sus fronteras y presidios, que tan solamente las guardasen y defendiesen sin hacer algunas entradas, para que el poco tiempo que le restaba de señorío y mando, le gozasen con toda paz y tranquilidad. Por otra parte el rey Motecuhzoma tenía muy gran deseo de comunicar con él sobre las señales, y de sus operaciones; y como estaban desavenidos y encontrados, el rey Nezahualpiltzintli por el gran pesar que tenía de la muerte y alevosía que contra su yerno el príncipe Macuilmalinatzin había hecho Motecuhzoma, y éste porque asimismo formaba otras quejas, que era la una la justicia tan severa y pública que Nezahualpiltzintli había hecho con su hermana la reina Chachihnenetzin, y las otras asimismo de otros dos castigos que había hecho, el uno contra el príncipe Huexotzincatzin su sobrino, y el otro contra su suegro el señor de Azcapuzalco Tezozomoc, se juntaron los dos reyes y satisfaciéndose cada uno de su queja, trataron muy largamente sobre lo que el cielo les amenazaba, y el rey de Tetzcuco dijo que todo se cumpliría sin que tuviese remedio alguno; y para que echase de ver el rey Motecuhzoma en que estimaba su reino y señorío, le propuso que se lo jugaría á trueque de que si le ganaba al juego de la pelota tres rayas, le diese tres gallos monteses y que de ellos tan solamente quería los espolones, porque echase de ver en qué tanto estimaba todo lo que tenía y poseía; y así los dos reyes jugaron á la pelota, y habiendo ganado Motecuhzoma dos rayas continuas, que ya no le quedaba más de una para hacerse señor de los aculhuas, comenzóse á alegrar y regocijar sumamente; y el rey de Tetzcuco que de intento se había hecho perdedizo, le dijo al rey Motecuhzoma que muy presto pararía aquel gusto de imaginarse hecho señor absoluto de todo el imperio, y echaría de ver cuán mudable y perecedero era el mandar y gozar las cosas que ofrece el mundo, y que en testimonio de ser cierto y verdadero lo que le decía,

lo echaría de ver en el discurso del juego, porque aunque le había ganado dos rayas, no le ganaría; y así prosiguiendo en el juego, aunque el rey Motecuhzoma hizo todo lo posible para ganar la raya que le faltaba, no pudo: Nezahualpiltzintli ganó haciendo todas las tres rayas; y habiéndolos festejado, y tratado de otros negocios, el rey de Tetzcuco se retiró á su casa y corte. Cada día se veían nuevas señales y grandes prodigios y portentos, que anunciaban la ruina y total destrucción de toda la tierra y mudanza de todo el imperio.

CAPITULO LXXIII

Que trata de algunos motines y alteraciones que hubo en algunas provincias sujetas y ganadas por el imperio, y de otros acaecimientos.

Aunque el rey Nezahualpiltzintli deseaba vivir en paz el poco tiempo que le restaba de gozar su señorío, todavía le fué dañosísimo, porque la ociosidad de los soldados y gente militar, fué causa para que muchas de las provincias que el imperio había sujetado, se alterasen y revelasen, como en estos tiempos lo hicieron los de las naciones mixtecas, tzapotecas, yopicas, tototepecas y tequantepecas, revelándose algunas de sus ciudades y provincias (que no eran de las menos importantantes), viendo que los soldados de los presidios tierras y fronteras, todo se les iba en ejercitar ciertos juegos, saraos y otros entretenimientos dañosos y no contingentes al arte militar.¹ No tan solamente en estas partes, donde convenía la vigilancia y cuidado que se requiere en la conservación de lo ganado, sino que aun dentro de la misma corte del rey de Tetzcucó, se vivía con mayor descuido y exceso de gustos y pasatiempos; por cuya causa los sujetos y oprimidos comenzaron á buscar medios pa-

¹ Ya hemos dicho que los ejércitos de Anahuac reducían sus conquistas á vencer á los pueblos enemigos ó imponerles tributos; pero que jamás los ocupaban permanentemente, ni dejaban en ellos guarniciones: por lo cual luego que recobraban sus fuerzas, se negaban á pagar esos tributos. Esta era la verdadera causa de los continuos alzamientos, y no las que supone el autor.

ra poderse librar del yugo que sobre sí les tenía puesto el imperio, y el que más les importó fué el hallar los soldados de sus ejércitos tan descuidados y tan dados á los placeres y gustos: con que convidaron á algunos, y después de festejados les quitaron las vidas, y á otros con mano armada los mataron y echaron de sus tierras, como fueron los de Coixtlahuacan, Zozolan, Tototepec, Tequantepec y Yopitzinco, y los otros fueron los de las provincias de hacia Huaxaca, Tlachquiuhco, y los de Malinaltepec, Iztaclalocan, Izquixochitepec y Tlacotepec; por lo que, aunque el rey de Tetzcuco había dejado el ejercicio militar, en estos tiempos fué compelido á juntar sus gentes y formar sus ejércitos, enviándolos con los de los reyes Motecuhzoma y Totoquiuhatzin, que vivían con más recato y vigilancia; y así fueron sobre estas provincias, y las sujetaron y redujeron al imperio, volviendo cargados de despojos y cautivos que se sacrificaron á sus falsos dioses, entre los cuales fueron sacrificados Zetecpatl señor de la provincia de Coixtlahuacan, Nahuixochitl señor de la provincia de Zololan, Malinal de la de Tlachquiuhco, y otros muchos señores y capitanes que en estas entradas y en las demás referidas de estos tiempos fueron cautivos. Con que de todo punto sojuzgaron todo el imperio de esta Nueva España, desde los términos de los chichimecas y reino de Michoacan hasta las últimas provincias que poseyeron los antiquísimos reyes tultecas, que fueron los de Hueymolan, Acalan, Verapaz y Nicaragua, que es todo lo que contiene la tierra de Anahuac; y desde los cuextecas (que son las provincias de Panuco) hasta llegar á Huitlapalan, que es lo que llaman el mar Vermejo ó de Cortés, por las costas del mar del Sur, donde se incluían grandes y espléndidos reinos y provincias, como fueron las de los chochuiccas y yopicas, cuiltatecas, chochonas, mixtecas, tzapotecas, quauhtemaltecas, coatzaqualcas, nonoalcas, xicalancas, totonques, y otras muchas naciones que quedaron de todo punto rendidas, y todas debajo del imperio de las tres cabezas, que tenía de longitud más de cuatrocientas leguas, y de latitud des-

de el mar del Norte hasta el del Sur.¹ Y porque los autores que han escrito las conquistas que estos señores tuvieron, específicamente no las cuentan por extenso, porque las hallaron en sus historias, particularmente en la monarquía indiana que escribió el diligentísimo Torquemada, sólo refiero lo que me pareció convenía tratar de ellas, según las pinturas y anales que tengo citados. Ultimamente en el año de mil quinientos y catorce, fueron tan excesivas las nieves que hubo, que se destruyeron las plantas y arboledas, haciéndose pedazos y desgajándose. En este tiempo se perdió el ejército de las tres cabezas del imperio que iban sobre la provincia de Amantlan, una de las rebeladas como está referido.

¹ Ixtlilxochitl y otros historiadores antiguos exageran estas conquistas, pues jamás llegaron ni á Michoacan ni á Guatemala. En el Códice Mendocino pueden verse, y lo mismo en el libro de Tributos, supuesto que cada pueblo vencido quedaba tributario.

CAPITULO LXXIV

Que trata cómo el rey Motecuhzoma cautelosamente con pacto secreto que tuvo con la señoría de Tlaxcala, hizo matar toda la flor de los capitanes y soldados del reino de Tetzcucó, con cuya ocasión se vino á señorear de todo el imperio.

Era tanta y tan insaciable la codicia que el rey Motecuhzoma tenía de mandar y ser señor absoluto, que pareciéndole menos valor tener compañeros en el imperio é iguales á él, todo se le iba en maquinari y buscar modos, ardidés y trazas para conseguir su intento; y así en esta ocasión, que ya era en los últimos años del reinado de Nezahualpiltzintli, hizo un hecho diabólico, y fué que como vido tan descuidados á los aculhuas tetzcucanos en el ejercicio militar, y muy ocupados en fiestas y saraos, tuvo ocasión de enviar por medio de sus embajadores á reprender al rey Nezahualpiltzintli el descuido en que vivían los suyos, y que los dioses estaban indignados contra él porque había cuatro años que no les sacrificaba cautivos de las provincias de Tlaxcalan y de las otras dos de donde se sacaban los cautivos de que más se servían y agradaban sus falsos dioses, si no era de las remotas, que forzosamente por ampliar y conservar el imperio habían cautivado y sacrificado, que era lo menos acepto á ellos; demás de que con esto borraban la memoria de los heroicos hechos de sus mayores, y manchaban la fama y gloria de los chichimecas y aculhuas sus antepasados, y que así convenía hacer una entrada en los cam-

pos de Tlaxcalan para aplacar á los dioses, en la cual se hallaría él personalmente, señalando el día que había de ser la batalla. El rey Nezahualpiltzintli le respondió que sus soldados no dejaban las armas por cobardía y flaqueza de ánimo, sino porque era su intento pasar en paz la vida lo poco que podían gozarla, pues tan cercano estaba el año ce Acatl de las mudanzas y calamidades que les pronosticaba, pero que para el día citado iría la flor de sus ejércitos á los campos de Tlaxcalan á probar sus ánimos y valor: dada su respuesta, juntó á consejo de guerra y habiendo en él tratado de lo que se debía hacer, se juntaron todos los más valerosos capitanes y soldados de sus ejércitos, y tomaron la vía de los campos de Tlaxcalan. El rey no quiso ir en persona, por no tener algunas contiendas con el rey Motecuhzoma que iba en persona á esta batalla; mas envió á los infantes Acatlemacoctzin y Tequanehuatzin sus hijos, (que habían probado muy bien ¹ en las conquistas de las provincias remotas atrás referidas), yendo por caudillos principales de todo el ejército tetzcucano. Motecuhzoma, así como supo la resolución de Nezahualpiltzintli, envió secretamente sus embajadores á la señoría de Tlaxcalan, avisándoles de cómo el rey de Tetzcucó tenía convocado todo lo más y lo mejor de sus ejércitos, no para el ejercicio militar y sacrificio de sus dioses conforme á la ley y costumbre que entre ellos estaba establecida y guardada por ellos y por sus mayores, sino con intento de destruir y asolar toda la provincia y señorío, y hacerse señor de ella, cosa digna de gran castigo, y que á él le culparían y tendrían por cómplice si no les avisara; y que así procurasen juntar todo lo más y mejor de sus soldados y ganar por la mano, de manera que los aculhuas no tuviesen lugar de cumplir su intento, y que aunque él iba en persona en su favor, más lo haría de cumplimiento que de voluntad, dándoles su palabra de que en lugar de favorecer á los aculhuas, les ayudaría por las espaldas á matarlos, siendo ne-

¹ Falta aquí: su valor.

cesario. ¹ Esta embajada causó grande alteración y pena á la señoría, viendo cuán mal cumplía Nezahualpiltzintli las obligaciones que tenía á la señoría, así en conservar le sus tierras, como defenderle y ampararle; pues lo que él poseía fué recobrado por la ayuda y favor de sus padres y abuelos los señores tlaxcaltecas, demás de ser como eran de un linaje: y enviando las gracias del aviso á Motecuhzoma, se apercibieron y aguardaron las gentes de Nezahualpiltzintli con todo cuidado y recato, de tal manera, que una cañada donde siempre solían hacer noche llamada Tlalpepexic, que estaba cerca del cerro llamado Quauhtepetl, la tenían tomada, sin ser sentidos de los tetzcucanos, que vivían descuidados de la traición y trato doble que contra ellos estaba hecho; aunque aquella tarde y aquella noche tuvieron mil presagios que les representaban su total destrucción y ruina, entre los cuales, el uno fué que vieron por el aire que andaban remolineando cantidad de auras sobre ellos, (aves que no siguen ni buscan otra cosa, sino cuerpos muertos), que parecía salir de la tierra llamas de fuego, y con ser la fuerza de las aguas se levantaban por el aire grandes polvaredas; y los más valerosos capitanes del ejército, como fueron Tezcacoacatl, Temoctzin, Zitlaltecatl y Ecatenan, á un tiempo todos cuatro veían entre sueños, que parecía que estaban en la edad de su niñez, que andaban llorando tras de sus madres para que los recogiesen: todo lo cual les dió bien en que pensar, y sus corazones conocían el daño que tan próximo se les venía, y así aquella noche por desechar, ² estuvieron después de los sueños chocarreándose, y muy de madrugada habiéndose levantado á tomar un bocado, por si en aquel día no tuviesen lugar, sobre la rodela en que estaban almorzando vino por el aire un cigarrón de ojo de extraña grandeza que dió en ella un gran golpe y quedó muerto, dividiéndose la ca-

¹ Hay que desconfiar de este relato de Ixtlilxochitl, por las razones ya expuestas. A su vez los cronistas mexicanos acusan á Nezahualpilli de cobardía.

² Aquí falta: esa idea ó esa mala impresión.

beza del cuerpo. Estos capitanes á quienes les pareció muy mal agüero, no quisieron esperar más, sino que comenzaron á despertar sus gentes para que se armasen y saliesen de aquella cañada, donde no podían aprovecharse de sus armas é industria, por si los enemigos les tenían hecha una celada como en efecto se las tenían tal, y tan fuerte que así como los vieron que comenzaban á levantarse, en un instante los cercaron, con tantos gritos y alaridos, que no pudieron ponerse en orden para poderse defender, y cerrando con ellos los mataron á todos, si no fueron muy pocos los que pudieron escapar y llevar la nueva del lastimoso caso, traición y celada que contra ellos se había hecho. Los cuatro capitanes referidos y otros muchos hicieron hechos hazañsímicos, vengando muy bien sus vidas; y los dos infantes viéndose rendidos de personas no conformes á la calidad de sus personas, aunque mal heridos, decían á sus contrarios que los acabasen de matar, que no consentían entrar con ellos á su ciudad; y llevándolos vivos en su triunfo, hicieron tanto y se iban defendiendo de tal manera, que en el primer templo de sus falsos dioses que cerca estaba del campo de la batalla, tuvieron por bien de matarlos allí sacrificándolos. Fué tanta la sangre que por aquella cañada había de los muertos y heridos, que parecía un río caudaloso. El rey Motecuhzoma que estaba á la mira con su ejército en las faldas del cerro que llaman Xacayoltepetl, no se movió ni los socorrió, sino que estuvo quedo con sus gentes, gloriándose de ver la matanza y cruel muerte de la flor de la nobleza tetzcucana, donde se echó de ver ser cierta su traición.¹ Entre los que escaparon y llevaron la nueva triste á Nezahualpiltzintli, fué uno de ellos Chichiquantzín famosísimo capitán, la que fué para el rey y toda su gente muy triste y lamentada; en donde vino el rey á satisfacerse de la traición y celada que contra él cada

¹ Debemos desconfiar de esta traición que atribuye el autor á Moteczuma, ya porque no se refiere en otras crónicas, ya porque trata siempre de ponerlo mal.

día intentaba Motecuhzoma, porque demás de esta, por vía de sus hechiceros y nigrománticos le había pretendido hacer mal, y como hombre sabio y astuto se había defendido de él por medio de otros que tenía en su corte, que eran de la facultad diabólica. Vuelto que fué Motecuhzoma á su ciudad, mandó que las ciudades y pueblos de la Chinampa que solían dar cierto reconocimiento á los reyes de Tetzcuco, no se le diesen más; y hizo otras cosas, con que de todo punto mostró su saña, como muy específicamente lo manifiestan los cantos que tratan de esta tragedia, que se intitulan Yacuicatl.